

Francia y Ginebra (1939-1972)

Un largo y difícil exilio en Francia y Suiza

«Salía de uno de esos viajes al final de la noche durante los que escribir parece una ocupación espantosamente frívola: la huída de París, a pie, con algunos espectáculos alucinantes: incendio de Orleáns, bombardeo del puente de Beaugency, con carros cargados de muertos... Dos años en Limoges muriendo al día, como ese día, dos años en Burdeos, viviendo...»

Entrevista con Baltasar Porcel: «Mercè Rodoreda o la força lírica», Serra d'Or (marzo de 1966)

En Francia, vivió en Tolosa y en París, pero al entrar los alemanes en esta, tuvo que huir a pie, y se enfrentó así a espectáculos alucinantes, particularmente al incendio de Orleáns: el fuego será así otro símbolo de su producción, para señalar la destrucción –que arrastra la guerra–, pero también la purificación que caracteriza esta primera materia, una materia con una importancia progresiva en su obra.

Posteriormente vivió en Limoges y Burdeos de forma precaria y, durante esos años, sin jardín ni flores, escribe básicamente cuentos. Y ya de regreso a París, en la segunda mitad de los años cuarenta, cultiva la poesía y pinta, siguiendo a Klee y a otros creadores innovadores.

Probablemente entonces escribe una novela que no acaba, publicada póstumamente Isabel y María (1991), que bascula entre dos escenarios que pugnan por imponerse: por una parte, una casita con jardín del barrio de Sant Gervasi, y, por otra, las ciudades de su desolado exilio. Y será el primero el que ganará la partida.

Sin embargo, no es hasta la segunda mitad de los años cincuenta, ya instalada en Ginebra, una ciudad tranquila rodeada de vegetación, con inmensos y pulcros parques, de agua –atravesada por ríos y presidida por un lago– unos elementos que la atraen poderosamente como creadora, cuando puede volver a escribir y a publicar con regularidad; de hecho, ahora tiene un apartamento para ella sola, porque su compañero Joan Prat, más conocido por su pseudónimo Armand Obiols, trabaja como traductor en Naciones Unidas y más adelante se marchará a Viena por trabajo.

Inicialmente Rodoreda envía una recopilación de cuentos que ha ido escribiendo al premio Víctor Català de 1957, que gana, Veintidós cuentos (1958). Pero no la acompaña la misma fortuna con las novelas que escribe: en el año 1959 presenta el premio Joanot Martorell Una mica d'història –que se convertirá en Jardín junto al mar (1967)– sin lograrlo. Es preciso destacar en relación con esta primera novela lo que he apuntado inicialmente: la voluntad de la autora de recuperar el espacio que tanto la atraía y que había perdido: el jardín, y de rebote, su infancia; y es que Eugeni, un personaje de la obra, pronuncia unas frases que también podría suscribir Mercè Rodoreda:

«Ha habido momentos en los que, por un poco de jardín, me habría vendido el alma y las piernas, ¿Verdad que nadie lo diría? Y después, mirándome añadió: Sólo se vive hasta los doce años. Y a mí me parece que no he crecido».

Sin embargo, a pesar de su voluntad de trabajar e imponerse, sufre el mismo fracaso con las dos siguientes novelas, enviadas al premio Sant Jordi de 1960 y 1961, respectivamente, Colometa, conocida mundialmente con su título posterior, La plaza del Diamante, y La muerte y la primavera, una obra inacabada que se publicará en 1993, póstumamente.

Con todo, el éxito de crítica y ventas de La plaza del Diamante (1962), considerada poco después de su edición como la novela más importante de la posguerra, impulsó la recuperación de su carrera

literaria, como demuestran las siguientes obras, recopilaciones de relatos y novelas, dos géneros que, algo poco frecuente, Rodoreda demuestra dominar con la misma destreza. Con *La calle de las Camelias* (1966) –un título en el que aparecen esas flores que tanto la fascinan– ganó los premios que le fueron denegados para *La plaza del Diamante* (Sant Jordi, el de la Crítica...) y la obra es, fundamentalmente, su continuación. Escritura hablada, protagonismo femenino, el recuerdo como motor de la historia, siguiendo a Proust y Wolf, autores que marcaron profundamente a Mercè Rodoreda. No obstante, su protagonista, Cecilia Ce, se opone totalmente a la Colometa, la mujer comprometida con la familia y el país, para quien la guerra representa una derrota personal y social, que la catapulta a la marginación y a la soledad. Por el contrario, Cecilia Ce es una niña que encuentran en una verja de la calle de las Camelias y el día que eso sucede ocurre un significativo prodigio: Florece un cactus medio muerto y el hecho se repite todos los años, ritualmente. Pero el personaje marginal huirá de la casa con jardín y tendrá que vivir una existencia particularmente difícil en la Barcelona desolada de la posguerra, donde pesa la muerte y la represión. Y es que *La calle de las Camelias*, al igual que *La plaza del Diamante*, es una especie de novela iniciática que se expresa a través de un viaje muy distinto, pero también al final de la noche –si comparamos la vida a un viaje– en cuyo final, después del sufrimiento, el dolor y de bordear la muerte, ambas protagonistas alcanzarán la madurez aunque habiendo dejado su juventud, perdida para siempre, como si se tratara de una piel ahora inservible. Y la liberación de los personajes está vinculada a los espacios verdes: parques imprecisos y un árbol simbólico invertido en *La plaza del Diamante*, los tilos de la Rambla de Catalunya y la torre con jardín en *La calle de las Camelias*; la felicidad estará cada vez más vinculada, como hace Proust, al sabor de la tila que es, precisamente como en el caso de la célebre magdalena de Proust, la recuperación de la infancia. El árbol se convierte en un elemento recurrente y positivo, rodeado de categoría y símbolo de eternidad.

Después de estas importantes novelas, sobre todo *La plaza del Diamante*, traducida a las más remotas lenguas, Rodoreda publicó una recopilación de gran calidad, *Mi Cristina y otros cuentos* (1967), con relatos que figuran en antologías mundiales del género y donde se manifiesta la importancia de la vegetación y el agua; y un tema –la metamorfosis– relacionado a veces con el reino vegetal. Posteriormente, publicó una ambiciosa novela, *Espejo Roto* (1974), escrita durante muchos años, y que pudo acabar en *Romanyà de la Selva*, donde transcurrió los últimos años de su vida.